

Sobre el modo de pensar económico y sus “extensiones”

CARLOS HOEVEL

La decadencia y posterior disolución de todas las formas de socialismo produjo a principios de la década pasada su reemplazo casi automático por el liberalismo. Pero se trató de la forma quizás menos sofisticada y más simplista de liberalismo. Su núcleo principal consistía en atribuir la decadencia y posterior muerte de los regímenes socialistas casi exclusivamente a la ineficiencia de sus sistemas económicos. De este modo, se presentó al mundo -con mucho éxito, por otra parte- la idea de que la solución era sencillamente desmantelar los grandes movimientos colectivos generadores de todas las fantasías utópicas o populistas y entregar los resortes principales de la dinámica social a un conjunto de individuos de estilo agresivamente audaz quienes, triunfadores indiscutidos de una generalizada y feroz competencia por el poder político y económico, fueran capaces por su propio peso de imponer un retorno a la ortodoxia económica liberal como fin eminente de la política y subordinar radicalmente a ésta todas las demás cuestiones sociales. La consigna era concentrarse casi exclusivamente en privatizar, ajustar las cuentas del Estado, poner a todo el mundo a competir y hacer todo esto con un espíritu decidido, casi ostentosamente atrevido y sobre todo limpio de la vieja política. Así, el núcleo de este movimiento, formado por los principios económicos más básicos de la ciencia económica liberal, se convirtió en poco tiempo en el marco imprescindible aceptado casi unánimemente y fuera del cual pareció imposible desarrollar normalmente la vida de ninguna sociedad. A par-

tir de entonces se ha venido produciendo una extraordinaria coincidencia, pocas veces vista en la historia europea y occidental, de todas las áreas de la vida política, social y económica y con su correspondencia en el plano académico de las ciencias sociales y de las ciencias económicas, en un modelo de sociedad que esté básicamente organizado alrededor de la idea de lo que se ha dado en llamar "the economizing thinking" ("el modo de pensar económico").

Sin embargo, desde hace un tiempo se puede percibir que se está gestando un cambio. No sabemos bien de qué se trata, pero el clima de la sociedad de dos a cinco años a esta parte da la sensación de que el proyecto de organización social y económica liberal, que fue ensayado en el mundo durante los años ochenta y noventa como reemplazo rápido del entonces agonizante marxismo y estatismo mundiales, es demasiado estrecho, demasiado asfixiante como para poder servir de marco para una sociedad tan compleja y variada como la que parece será la del ya inminente tercer milenio.

El intento de exhibir una propuesta, que amplíe de algún modo el estrecho marco impuesto por el neoliberalismo, se ve ya claramente en el terreno político-social. Después de la oleada de ortodoxia liberal de los ochenta, movimientos europeos y norteamericanos de un pasado más bien socialdemócrata (esto está ocurriendo también en otros países, aunque más tardíamente, como en la Argentina) enarbolan la bandera de la "tercera vía" la cual combinaría los dogmas centra-

les de la ya resignadamente aceptada economía liberal, con otros temas de índole más social. Pero esta tendencia no proviene sólo de la "izquierda" sino también de la "derecha." Los propios autores de las reformas económicas hablan hace rato con insistencia de la necesidad de "reformas de segunda generación" (en la Argentina se habla incluso de la necesidad de una "convertibilidad social") que serían aquellas relativas a campos más allá de lo estrictamente económico como la educación, la justicia y los sistemas de salud. Por lo demás, fuera del estricto campo de la política se ven aparecer en estrecha relación, iniciativas de empresarios y de asociaciones de todo tipo, apoyadas y asesoradas por gobiernos y organismos internacionales, tendientes a hacer coincidir sus esfuerzos en la creación de un vasto sector, distinguible del Estado y el mercado, fuertemente dedicado a fomentar otros aspectos de la vida social diferentes al económico. Finalmente, incluso en el mismo seno de las empresas capitalistas, se intenta mostrar cómo es posible hacer confluir cada vez más los nuevos esquemas de eficiencia económica con un tipo de trabajo que tome en cuenta y potencie los aspectos no-económicos de la persona.

Este importante movimiento que aparece claramente en la escena político-social de nuestro tiempo no parece ser un fenómeno esporádico o superficial. Por el contrario, debajo de sus manifestaciones más visibles es posible descubrir una vasta masa de trabajos académicos que, bajo diferentes enfoques y tomando distintos aspectos de la cuestión, coinciden en una misma idea en común. Esta última parece consistir en considerar que el análisis económico, si bien contiene un núcleo de ideas básicas aceptadas como imprescindibles, parece resultar, sin embargo, para muchos estudiosos actuales de la sociedad, insuficiente para entender el problema social en toda su variedad y complejidad. Por ejemplo, desde la intelectualidad política actual representada por pensadores como John Rawls ¹, Jürgen Habermas² o Anthony Giddens ³, las verdades de la economía de mercado son innegables pero imposibles de ser llevadas adelante sin una atención creciente a la problemática de la ética, los valores políticos

básicos, la justicia y los nuevos problemas sociales. De ahí que para ellos la matriz del análisis económico deba completarse con las variables surgidas del ámbito político y social. Al mismo tiempo, el pensamiento sociológico, a la vez que admite el reinado de la ortodoxia económica, viene refiriéndose, ya hace años, a la creciente importancia social que en la "sociedad postindustrial", "sociedad tecnológica" o "sociedad del conocimiento" tienen factores que tradicionalmente quedaban fuera del análisis económico como la educación, el medio ambiente y los valores éticos. El sociólogo Ronald Inglehart, por ejemplo, enseña la necesidad de reexaminar aspectos del análisis económico a raíz del surgimiento, a partir de los 70 y 80 de lo que él llama "valores postmaterialistas" ("postmaterialist values")⁴ Incluso ciertos sociólogos como Daniel Bell ⁵, han venido propiciando la necesidad de una incorporación de la cuestión religiosa en el análisis de la sociedad actual. En una palabra, las disciplinas político-sociales parecen haber admitido el reinado de las verdades básicas de la economía, pero ejercen a la vez sobre ésta última una fuerte presión para que incluya nuevos aspectos que completen su análisis.

Por otro lado, y quizás sea éste el fenómeno más sorprendente e interesante, los propios cultores de la ciencia económica están desde hace décadas (desde mucho antes del triunfo generalizado de la economía que hoy presenciamos) abocados a una reforma interna de su propia ciencia. Lo curioso es que esta reforma avanza desde adentro de la economía hacia una aparente convergencia con quienes propician su reforma desde afuera. Los grandes temas sociales, políticos y éticos que preocupan a sociólogos y politicólogos son cada día más considerados también por muchos economistas como componentes ya no sólo de la problemática social general, sino -y ésta es la novedad- de la problemática específicamente económica. En otras palabras, ya se dice cada vez menos que tal o cual tema social, ético o político preocupa al economista "en cuanto hombre" o "en cuanto ciudadano" pero no "en cuanto economista". Hoy parece que el economista debe incluir otros factores en su análisis que en otro tiem-

po hubieran sido considerados "extra-económicos." Desde hace años, por ejemplo, la escuela de Chicago viene ocupándose de la importancia crucial de los sistemas legales para el desarrollo de los mercados desde su movimiento llamado "Law and Economics", propiciado entre otros por Ronald Coase ⁶ y Richard Posner ⁷. En esta misma escuela se destaca el premio Nobel Gary Becker ⁸, quien revolucionó el ambiente académico de la economía con sus audaces propuestas de ampliación del análisis económico a temas no considerados hasta entonces como de estudio específico de la disciplina tales como la educación, la justicia o la familia. Otras voces norteamericanas como la de Douglas North ⁹, también él premio Nobel, vienen destacando la importancia de incluir en el análisis económico el estudio de las instituciones, especialmente las jurídicas y políticas. Se podrían mencionar los aportes en este sentido de Amartya Sen¹⁰, último premio Nobel de economía, quien ha sido galardonado por sus trabajos de "ensanchamiento" del análisis económico a otras áreas. Cabría destacar también los trabajos de Amitai Etzioni ¹¹, los cuales ensayan prácticamente, a mi juicio, una acelerada convergencia de la economía con las otras disciplinas sociales. De hecho, en todos estos trabajos académicos se intenta practicar una "extensión" o "ampliación" de conceptos, cuyo significado tradicional se considera hoy demasiado limitado y estrecho. Por ejemplo, a la teoría neoclásica de la elección "racional" basada en el interés individual, eje de todo el análisis micro-económico, se le agregan hoy variables "no racionales", "altruistas", "emocionales" o "sociales"; a la teoría del Capital, tradicionalmente limitada a los bienes físicos y al dinero, se la "extiende" y se habla de "capital humano", "capital intelectual" y, recientemente incluso, de "capital social" (Ver artículo del Dr. André Habisch en este mismo número).

Por otra parte, además de la ciencia económica, también las disciplinas relacionadas con la administración de empresas experimentan este mismo proceso de transformación interna. Quizás la figura contemporánea más destacada en este sentido es el austroamericano Peter Drucker, quien desde los

años cuarenta y cincuenta anunciaba ya el fin de la vieja empresa concentrada en los factores "materiales" de la organización y el surgimiento de una nueva empresa atenta al "factor humano" como elemento básico para el éxito empresarial. Así, la incorporación de nuevos conceptos en administración intentaron ampliar la concepción de la empresa tanto hacia adentro como hacia afuera. Haciendo trizas los antiguos esquemas, el estudio de la empresa comenzó a incorporar conceptos en otra época considerados "no empresariales" como el concepto político del diálogo, el consenso y la participación o el concepto educativo de capacitación, reemplazando a la jerarquía rígida de comandos técnicos de antaño. Por otra parte, la introducción masiva de la psicología en la empresa fue un proceso permanente en las últimas décadas, extendiendo notablemente el concepto tradicional de "recursos humanos." En el mismo sentido, cambió la visión de la empresa en su relación con el entorno político, social y cultural. La misma concepción del cliente se "ensanchó", considerándolo ya no sólo como un consumidor, predecible y pasivo sino como un sujeto dinámico y con múltiples facetas a quien había que estudiar desde varios puntos de vista. Se desarrolló así notablemente el marketing, la "business ethics" y otras "subramas", que incorporan múltiples elementos que en otro tiempo habrían sido seguramente considerados como completamente inatinentes al negocio. Por lo demás, el estudio de la empresa podría llegar a incluir hoy ya elementos tan heterogéneos como la ecología, el estudio de los sistemas jurídicos, la psicología social, y hasta la antropología cultural. La incorporación de profesionales de las más variadas disciplinas a las empresas (fenómeno que se ve en su máxima expresión en los Estados Unidos) demuestra la profunda transformación de las disciplinas relacionadas con los negocios, otrora grises, y hoy vinculadas por todos sus vértices con la colorida gama de estudios sobre el hombre, la cultura y la sociedad.

Ahora bien, el panorama que acabamos de presentar hace surgir una pregunta inmediata: ¿estamos acaso asistiendo a la transformación del llamado "economizing thinking", es

decir, del modo de pensar económico, que caracterizó a nuestra civilización por lo menos en los pasados dos siglos y que en los últimos años venía alcanzando una supremacía abrumadora sobre todas las otras maneras de pensar la realidad? ¿Está siendo reemplazado por una nueva manera más amplia y profunda de enfrentar los problemas que tiene nuestra sociedad diferente de la que hemos venido aplicando hasta ahora?

Breve excursus sobre la historia del modo de pensar económico

Si bien tiene antecedentes en la Antigüedad y en la Edad Media, el "modo de pensar económico" es un modo de pensar típicamente moderno. El modo de pensar de épocas anteriores era predominantemente religioso, filosófico o, a lo sumo, ético y jurídico. Lo que todos estos modos de pensar antiguos tenían en común era el ser una exhortación, y a veces una exigencia, a los hombres a realizar los grandes fines de la existencia entregándose a ellos sin pedir nada a cambio más que la plenitud que la realización de estos fines conllevaba. Este modo de pensar dio al mundo civilizaciones heroicas, humanísticas y religiosas de enorme fecundidad. Sin embargo, aquellos tiempos tuvieron la contrapartida de estar acompañados permanentemente por una pobreza y una tosquedad especialmente en los aspectos materiales de la existencia. Esta situación fue generando la necesidad de desarrollar un tipo de pensamiento nuevo que, además de dedicarse a los grandes fines, atendiera a las necesidades más inmediatas del hombre. Así, además de buscar lo bueno el hombre podría pensar en lo útil. Así surgió un modo de pensar ya no dedicado a considerar cosas y personas como son en sí mismas, en su realidad completa, sino bajo su condición de medios aptos para alcanzar un fin haciendo abstracción de todo el resto de las cualidades de aquellas realidades. Siguiendo esta perspectiva, el pensamiento económico se abocó a encontrar cuál era el mejor modo de liberar las capacidades de organización eficiente de los medios para un mejoramiento material de la vida, que civiliza-

ciones anteriores habían descuidado por su casi exclusiva dedicación al pensamiento orientado a los fines. Así reorganizó las formas de trabajo, de comercio, de producción y de consumo, primero en Europa y luego en el mundo entero y produjo un desarrollo material y tecnológico nunca visto antes.

Aunque la aceptación del pensamiento económico se debió en gran medida a la natural y legítima búsqueda de un mejor nivel material de vida, gran parte de su expansión en Europa y el mundo desde fines del siglo XVII tuvo su origen en el pensamiento iluminista y positivista abiertamente hostil a la antigua visión religiosa y ética. De hecho, el iluminismo y el positivismo consideraban que la discusión acerca de las cuestiones religiosas y filosóficas de los siglos anteriores había desangrado a la sociedad y propuso, especialmente a través de la doctrina política del liberalismo, la reducción de los fines sociales a objetivos menos ambiciosos en los que todo el mundo estuviera de acuerdo. Los grandes fines de la existencia correspondían a la esfera subjetiva y discutible; tan sólo la multiplicación de las riquezas materiales y la búsqueda de un mayor nivel de bienestar económico se convirtieron en los objetivos comunes de las sociedades. Sin embargo, a pesar de que el iluminismo cuestionaba el valor de los antiguos fines sobre los que había girado la existencia antigua y medieval y promovió su reemplazo por un pensamiento económico centrado en el mejoramiento de los medios materiales, convirtió de algún modo este modo de pensar económico en un fin en sí mismo. De alguna manera, pues, la impresionante expansión del modo de pensar económico se explica porque, aunque no se trataba de un pensamiento finalista, fue presentado como un fin en sí y en ese carácter produjo una atracción semejante a la que antaño habían tenido los grandes fines religiosos y éticos. Así, la devoción a Dios o al Bien fue reemplazada por la devoción a la Utilidad, la cual, a pesar de ser por propia definición un valor relativo a otros, fue considerada como un valor en sí mismo, susceptible de ser buscado separadamente de todos los demás.

Este estado de cosas se reflejó en el terreno de la vida práctica. Durante la primera y se-

gunda revolución industrial, se fue pasando rápidamente de una sociedad predominantemente agraria, con núcleos urbanos relativamente chicos, mercados y modos de trabajo estrictamente limitados y regidos por un orden jurídico, ético y religioso fuertemente tradicional, a una sociedad cada vez más urbana, con industrias y mercados en expansión, que iban rompiendo con las antiguas formas de trabajo tradicionales para reemplazarlas por formas cada vez más económicas de organización. En su momento más álgido, la economización general de la sociedad significó la creación de un vasto sistema económico que procuró la utilización cada vez más eficiente de los recursos de la naturaleza y, sobre todo, de las personas, prescindiendo de casi toda otra consideración jurídica, ética, humana y religiosa.

Por otra parte, la historia de la ciencia económica misma estuvo en gran medida asociada a la idea de que una búsqueda fructífera de la utilidad debía ser independiente, o por lo menos neutral, con respecto a toda consideración. Para los clásicos (Smith y su escuela) esta "utilidad" se obtiene a través de una creciente eficiencia en el uso de los recursos necesarios para producir bienes, que permita reducir su costo y así producir más y mejor. Esta eficiencia se lograría con una progresiva racionalización del trabajo (división del trabajo) potenciada a su vez por una también creciente apertura de los mercados. Pero Smith no quedó ahí. Para lograr estos objetivos propuso dar rienda suelta a la búsqueda del lucro -esto es, el afán de utilidad- en el hombre -la cual había estado siempre limitada por prohibiciones jurídicas, morales y religiosas- y convertir esta búsqueda en el motor mismo de la economía. Con ello inauguró en el ámbito de la ciencia económica un proceso por el que se estudió el mecanismo de las decisiones utilitarias del hombre de una manera cada vez más abstracta. La revolución neoclásica reformó y cuestionó en muchos aspectos a los clásicos, pero en gran medida profundizó aún más el proceso de autonomización de la economía. La incorporación creciente de la metodología matemática hizo todavía más sofisticado este modo de pensar, que se concentró obsesivamente en la utilidad pura con

cada vez menos consideraciones de otra especie. Así surgió el llamado modelo del "homo oeconomicus" por el que se reducía el comportamiento del hombre a un puro cálculo de utilidad (teoría de la "elección racional" o "rational choice"), por el que se suponía que éste busca siempre la máxima utilidad (principio of maximization). Todo el problema económico radicaría en ver cómo lograr la máxima utilidad propia, que a la vez supone entender o prever cómo intentan lograr esa máxima utilidad las demás personas involucradas en mi propia decisión. De este modo, los neoclásicos aspiraban (y esta tendencia dominó gran parte de la teoría económica hasta nuestros días) a reducir el estudio de la complejidad y riqueza de la vida económica poco menos que al análisis matemático de un sistema coordinador de unidades maximizadoras de utilidad interrelacionadas entre sí. Se desarrolló, de este modo, un modo de pensar más economicista que económico el cual, perdiendo de vista las demás dimensiones de la realidad, intentó reducirlo todo al concepto de utilidad en estado puro.

De este modo, tanto en el trabajo, la empresa, el pensamiento, como en la sociedad en general, se vivió un proceso acelerado de reducción de la vida a términos de utilidad cada vez más abstractos y numéricamente cuantificables especialmente por su equivalencia en dinero. En el fondo, la existencia social entera entró en un proceso por el cual todas las decisiones (políticas, jurídicas, militares, etc.) comenzaron a medirse y a organizarse de acuerdo a las posibilidades de utilidad monetaria. Sin embargo, los mismos propulsores del desarrollo económico comenzaron a percibir lentamente, a veces parcialmente otras veces con mayor claridad, una verdad cada vez más evidente que constituye la paradoja fundamental del modo de pensar económico: la verdad de la inutilidad de lo absolutamente útil. En efecto, se empezó a ver que una sociedad que avanzaba a un utilitarismo cada vez más extremo sometía de tal modo al hombre que éste terminaba rebelándose o dejando de responder y así se ponía en peligro, paradójicamente, la obtención misma de la utilidad. En una palabra, el excesivo reduccionismo utilitarista, en su afán de

lograr el mayor desarrollo, ponía a éste en peligro. De hecho, la primera gran utopía utilitarista dieciochesca reveló sus límites terribles con los resultados de la revolución industrial, en los que la aplicación extrema del "modo de pensar económico" instrumentalizó tan completamente la vida humana, que engendró el primer estado de conciencia europeo-que luego tendría sucesivas repeticiones- de que la autonomización del principio de utilidad de cualquier otro fin superior, al mismo tiempo que lo independizaba, lo terminaría vaciando también de contenido, de sentido y de poder atractivo como motor de la sociedad.

De este modo, al mismo tiempo que el proceso de autonomización del "modo de pensar económico" seguía su curso, se dio un proceso paralelo -aunque casi siempre ocasional- que podríamos llamar de "autocorrección" interna de este mismo movimiento por el cual se intentó "ampliar la lógica económica" a través de la incorporación de una "apertura" a otras consideraciones. Así, se ensayó la introducción de factores extra-económicos al análisis económico con el fin de "extender" su visión y evitar los tremendos errores de perspectiva en los que se había caído. En rigor de verdad, este proceso de "autocorrección" caracteriza a la entera historia del modo de pensar económico y explica, según vamos a sostener en este artículo, los procesos de transformación que este modo de pensar sufre también hoy. Pero, cabe preguntarse, ¿significó esta "autocorrección" un abandono de la actitud utilitarista que, como hemos dicho, domina a Occidente desde el advenimiento del iluminismo? Si lo vemos más de cerca, es posible observar con claridad que este proceso de "autocorrección" permanente que ha realizado el utilitarismo occidental al intentar "abrirse" a otros campos se parece más a una "extensión invasora" hacia estos campos que a una apertura real hacia ellos.

Veamos, por ejemplo, algunos hitos de la historia de la ciencia económica. Ya el propio Adam Smith en su búsqueda de "utilidad" (que él llama "riqueza") intentó incorporar una ética, una educación, una teoría política y hasta una filosofía religiosa. Pero los valores que "rescató" no parecen haber sido conside-

rados más que desde la óptica utilitaria: la ética puritana del esfuerzo y el ahorro, la educación práctica frente a la educación teológica o filosófica de su tiempo, el liberalismo como teoría política útil para extender los mercados o el deísmo, que justificaba religiosamente los resultados del sistema económico. Los neoclásicos, por citar otro caso, a pesar de haber elaborado un modelo de explicación puramente utilitario de la motivación humana, intentaron demostrar en ese mismo intento el carácter "abierto" del concepto de utilidad que puede ir más allá de los fines tenidos como tradicionalmente económicos (como la búsqueda de la mayor ganancia monetaria) y estar referido a contenidos distintos (como la salvación religiosa, la felicidad ética, etc.) De hecho, la mayoría de los "reformistas" actuales no hacen más que hacer explícitos los aspectos más atrevidos que la primera teoría neoclásica no podía todavía aceptar. (Véanse las relaciones entre Gary Becker y Lyonel Robbins). Sin embargo, esta misma "apertura" nunca fue vista más allá del rígido esquema de maximización de utilidad que constituía su línea central de pensamiento.

La "vía maestra" que se ha presentado muchas veces como un "ensanchamiento" del modo de pensar económico ha sido sin dudas la vía del marxismo. Es cierto que el marxismo se presentó siempre como enemigo del utilitarismo liberal. En los países donde triunfó, liquidó la economía de mercado y propuso organizar la sociedad "al servicio del hombre". Por lo demás, había sido precedido por los socialismos utópicos y por el radicalismo de Bentham, que exigieron ampliar la lógica económica con reformas en la educación, cambios jurídicos y políticos, etc. Sin embargo, ni el socialismo ni el comunismo nunca apuntaron en sus "ampliaciones" a cuestionar la idea central del utilitarismo liberal. Más aún, la eliminación del mercado no significó la ruptura con el principio liberal de la utilidad como único fin social. De hecho, el marxismo, más allá de su indudable raíz filosófica, es hijo legítimo del modo de pensar económico. Así, la enemistad con el liberalismo no surgió de un desacuerdo con el principio de utilidad como tal sino con el modo de concebir este principio. La "ampliación"

marxista tuvo en el fondo como fin el lograr una utilidad más extendida, menos inmediata, más a "largo plazo." De hecho, el marxismo no ve en el hombre más que un ser destinado a realizarse en el trabajo, en la utilización de sus fuerzas laborales que, según Marx, el utilitarismo capitalista, individualista y cortoplacista deja atrofiadas. De ahí que Marx no trató de frenar el utilitarismo liberal sino que quiso ampliarlo. De este modo, la revolución y la dictadura del proletariado con poder centralizado que enseña es justamente la forma suprema de lograr la "plenitud" de un utilitarismo nuevo y de más largo alcance.

Por ejemplo, Marx proponía (¿cómo también se propone hoy?) reemplazar las formas de trabajo excesivamente "estructuradas" o "encasilladas" en que el trabajador sólo es capaz de hacer un sólo tipo de trabajo rutinario y mecánico por una concepción más "abierta" y "dinámica" en la que el trabajador sea "adaptable y flexible al cambio", que esté "capacitado" para otros trabajos, etc. Sin embargo, Marx no exige esto por una razón moral sino porque considera que este tipo de trabajo "abierto" es en el fondo el que a la larga será más útil:

"La industria moderna. . . impone la necesidad de reconocer, como una ley fundamental de la producción, la variación en el trabajo, consecuentemente la capacitación del trabajador para un trabajo variado, consecuentemente el mayor desarrollo posible de sus variadas capacidades. . . La industria moderna obliga ciertamente a la sociedad. . . a reemplazar al trabajador pormenorizado de nuestros días, lisiado por una vida de repetición de una y la misma operación y reducido a un mero fragmento de hombre, por un individuo plenamente desarrollado, capacitado para una variedad de trabajos, preparado para enfrentar cualquier cambio en la producción. . ."12

Algo parecido ocurre con la idea de educación, que Marx quiere agregar a la economía, pero no para profundizar la formación de la persona como tal sino para obtener su mayor rendimiento laboral:

"Cuando la clase trabajadora llegue al po

der, como inevitablemente ocurrirá, la instrucción técnica, tanto teórica como práctica tendrá el lugar que le corresponde en las escuelas de los trabajadores."13

Del mismo modo, para el marxismo, la misma incorporación de legislación protectora de los trabajadores no es un acto de "justicia", sino un instrumento técnico tan imprescindible como cualquier otro para mejorar la productividad económica:

"La legislación industrial. . . es un producto tan necesario de la industria moderna como el hilado de algodón, los motores o el telégrafo eléctrico."14

El viejo liberalismo -cuando aún no estaban explícitas todas sus implicancias utilitaristas- mantuvo una separación entre el mundo económico dedicado a la utilidad y el mundo personal, dedicado a los valores no-utilitarios. Aunque ambas realidades estaban ciertamente en conflicto, sin embargo, esta misma tensión reflejaba la subsistencia de un núcleo de valores y de un modo de vida que se resistía a la economización. Por el contrario, la ola formidable de la "apertura" marxista parece haber barrido para siempre con los últimos restos de esta distinción en los lugares donde triunfó, proponiendo un "utilitarismo total" (para este tema es esclarecedora la obra "Soviet Marxism" de Herbert Marcuse¹⁵) en el que no sólo los factores de producción sino la política, la educación, la legislación, la religión, todo aspecto de la vida debía estar subordinado a la utilidad general.

De este modo, el marxismo fue quizás el movimiento ideológico que más ha influido en la "extensión" del modo de pensar económico (más aún, creo que debería estudiarse si no ha tenido más influencia en los cambios de la ciencia económica que la que tuvieron sus propios reformistas internos), modificando radicalmente la relación que este modo de pensar tenía anteriormente con el resto de los campos de la realidad. De hecho, el modo de pensar económico en los países no marxistas, imitó de una manera parcial los proyectos centralizados de utilidad total del marxismo a través de los proyectos estatistas y

semisocialistas, los cuales, no abandonando el modelo básico del utilitarismo liberal, intentaron combinarlo y "enriquecerlo" con elementos del utilitarismo socialista.

La situación actual

El intento de lograr el "utilitarismo total" de manera violenta, rápida y masiva fue un fracaso. También fue desastroso el poco pensado utilitarismo estatal no marxista. Para muchos, incluso para un buen grupo de sus partidarios, el error del marxismo estuvo en la excesiva amplitud de sus objetivos. Se quería lograr la mayor "utilidad", la mayor "productividad". Para eso se diseñó un plan que, de un sólo golpe, utilizara a pleno todo lo existente sin dejar nada desperdiciado: la estructura económica, el sistema educativo, el sistema de salud, el sistema legal, todo estaba pensado para "rendir". Pero la "ecuación comunista", que incluía tantas y tan diferentes "variables" no pudo resolverse. Los objetivos eran tan "amplios", tan "extendidos", tan "a largo plazo" que su verificación, el control de los resultados fue imposible y así, el sistema que había prometido la "utilidad total", demostró una ineficiencia completa en todas las áreas y se derrumbó.

El neoliberalismo de los 80 y 90 exigió entonces -frente al marxismo moribundo y luego ya cadáver y al estatismo fracasado- la vuelta al concepto de utilidad inmediata, de eficiencia, de rápidos resultados controlables y visibles. En los países donde pudo aplicarse "ordenadamente" fue un éxito ya que respondió al anhelo de eficiencia que los largos años de "proyectos" sin resultados habían engendrado. Sin embargo, la sensación de éxito duró poco. Al poco tiempo reaparecieron los viejos problemas que el reduccionismo utilitarista tiene siempre. De este modo, tal como lo señaláramos al principio de este artículo, hoy se propone una "apertura" del modo de pensar económico que muchos quieren ver como un "salto moral". Sin embargo, mucho de lo que ocurre lleva a pensar que hoy asistimos solamente a un nuevo movimiento de "auto-corrección" del "modo de pensar económico que venimos viendo, el cual, si bien más sofis-

ticado e ingenioso, no parece ser más que una reedición del utilitarismo siempre vigente.

Como ya hemos visto, la "ampliación" del análisis económico caracteriza a las nuevas corrientes reformistas en el ámbito académico, tanto dentro como fuera de la ciencia económica. Es cierto que tienen la virtud de reconocer la limitación del antiguo análisis que creía poder resolver las cuestiones económicas siendo neutrales con respecto a temas éticos, sociales o religiosos. Sin embargo, en la mayoría de ellos, no se abandona la matriz básica del utilitarismo neoclásico, sino que se la trata de "enriquecer" con "nuevas variables". Esto está bien claro en el pensamiento de Rawls, Habermas o Giddens quienes intentan incorporar nuevas consideraciones, pero teniendo como marco básico la lógica utilitaria del mercado. Por ejemplo, Rawls revolucionó el ambiente académico liberal al reintroducir el viejo concepto de "justicia" en la discusión política que muchos consideraban de un potencial socialista. Pero si uno lo estudia en profundidad, la idea rawlsiana de justicia (especialmente en sus últimos escritos; ver: "El liberalismo político") está concebida sobre la matriz de una lógica de la "negociación" o la "transacción" muy parecida a la del mercado, lo que muestra en definitiva que no se trata de reconocer el concepto de justicia "en sí", más allá del concepto de utilidad, sino, por el contrario, de entender la idea de justicia a través de la "extensión" de la idea de utilidad. En el campo de la ciencia económica, Douglas North reintroduce la importancia de las "instituciones", pero sólo como "herramientas" para fortalecer al mercado; Coase y Posner y su "Law and Economics Movement" hacen lo mismo pero en relación al orden jurídico, el cual no es visto más que desde su capacidad para fluidificar las transacciones del mercado; Becker, considera los temas de la familia, la educación y el delito pero siempre desde la óptica utilitaria de la "maximización económica". El último Premio Nobel, Amartya Sen, introduce conceptos "no-utilitarios" como el "compromiso" ("commitment") que "implica elegir una acción que lleva a obtener una menor utilidad que la que daría otra acción alternativa"¹⁶. Sin embargo esta "ampliación" no implica para Sen la necesidad de "salir" del

modelo neoclásico de "racionalidad económica" sino de "enriquecer el modelo" con una "estructura más elaborada" 17 y "más rica"18 pero, en definitiva, sin abandonarlo. Un caso interesante es el de Amitai Etzioni cuya obra "The Moral Dimension: Toward a New Economics" es un largo alegato contra el reduccionismo utilitarista del modelo neoclásico de "maximización económica". Etzioni sostiene enfáticamente el carácter "irreductible" de los valores morales a los puramente utilitarios por lo cual les sería inaplicable el modelo utilitario de "maximización"19. Sin embargo, cuando explica el origen de estos valores no utilitarios por los cuales tomarnos a veces nuestras decisiones, sostiene que tienen un origen puramente social. En una palabra, para Etzioni lo moral es fundamentalmente lo aprobado socialmente. De este modo, sostiene en último análisis que el paradigma que él propone "busca caracterizar el 'contexto' en el cual juegan las fuerzas del modelo neoclásico" esto es, "las colectividades sociales", las cuales serían "las unidades de decisión básicas".20 Así, Etzioni no parece querer frenar el utilitarismo neoclásico desde un criterio independiente de valoración moral, sino "ampliar" el criterio de utilitarismo individualista a un criterio de utilitarismo social, con lo cual recae en las viejas tesis benthamistas y socialistas. La única diferencia de Etzioni con el viejo socialismo sería que él no propone considerar la utilidad desde el "todo social", sino desde grupos sociales menores como "grupos étnicos y raciales, grupos de compañeros de trabajo, o grupos de vecinos"21. En una palabra, una versión de socialismo "fragmentado".

A mi criterio el movimiento de "autocorrección" actual tiene su origen en dos ánimos aparentemente diferentes, pero en el fondo convergentes: por un lado, el ánimo de los ex-socialistas que añoran los viejos ideales marxistas de una sociedad de "utilidad total" y quieren reintentar revivir algo del pasado, pero sin utilizar el método de la locura revolucionaria, sino a través de mecanismos más graduales; lo único que diferencia este momento al de las reacciones socialistas del siglo pasado es que aquí se quieren ampliar los objetivos de utilidad muy lentamente, midiendo cada paso que se da, previ-

niendo los posibles resultados, con una contrastación permanente de las reacciones de los distintos actores involucrados. Este sí quiere ser un verdadero "socialismo científico" ya que, olvidándose de sus orígenes idealistas, quiere adaptarse, como lo ha hecho también el liberalismo, a un positivismo estricto. No se quiere arriesgar un milímetro, se da estrictamente lo que se prevé rendirá su fruto. Por otro lado está el ánimo liberal, que descubre la imposibilidad de seguir adelante con objetivos tan cortoplacistas y estrechos y redescubre de nuevo la paradójica inutilidad de lo inmediatamente útil. Esta convergencia de socialistas y liberales no es pura coincidencia: en el fondo el liberalismo, tanto en su teoría (ya lo hemos visto al ver la evolución creciente de la teoría económica neoclásica hacia un utilitarismo total) como en la práctica tiene una tendencia intrínseca a un utilitarismo creciente cada vez más abarcativo, homogéneo y coordinado; el marxismo, por otro lado, aceleró las tendencias implícitas en el liberalismo en sus años de ímpetu revolucionario, pero hoy se "reincorpora" a la línea central liberal, dándole nuevo impulso. La actual situación de "convergencia" socialista-liberal muestra a las claras su coincidencia en los objetivos de reducir la vida social al logro de una cada vez más extendida utilización de las potencialidades productivas de la naturaleza y del hombre, pero no de su "realización" o "expresión" como fines en sí. Este movimiento es a la vez un neoliberalismo y un neomarxismo, pero sobre todo un neouluminismo que tiene como objetivo el "utilitarismo total". ¿Cuál es entonces el resultado final? Aparentemente, el proyecto en marcha en muchas mentes es el de una sociedad donde, a través de una calculada planificación descentralizada pero coordinada, se vayan integrando todos los aspectos de la vida social a un único modelo de utilidad total en el que ya no quede nada afuera.

Un ejemplo: el Informe del Banco Mundial de 1997

Las reformas al modo de pensar económico que hoy se sugieren en el ámbito político y

social consideran a la familia, la legislación, la ética, los problemas sociales como importantes, pero no los consideran en sí mismos, en todas sus exigencias intrínsecas, sino en los aspectos en los que pueden servir para hacer más efectivos los proyectos económicos. El resultado es, sí, un tratamiento de estas cuestiones, pero un tratamiento deformado. Los nuevos proyectos incorporan ciertamente nuevos y amplios sectores de la realidad a sus análisis, pero en casi todos se ve la pertinaz lógica utilitarista, que termina por estrechar más aun la supuesta amplitud de miras. Por ejemplo, en el "Informe sobre el desarrollo mundial"²² emitido por el Banco Mundial en 1997, se va mucho más allá del análisis de los indicadores tradicionalmente económicos para abarcar una serie de áreas que hoy se consideran de estudio imprescindible:

"La historia y la experiencia reciente -comienza el Informe- nos han enseñado que el desarrollo no consiste únicamente en obtener los debidos insumos económicos y técnicos. Abarca también el entorno institucional básico: las normas y usos que determinan la utilización de esos insumos."²³

Por ejemplo, un tema central en el Informe es la necesidad imperiosa de reformas educativas. Pero el criterio que se indica para realizar dichas reformas es siempre exclusivamente utilitario. Así, critica "el exceso de gastos en educación universitaria y la falta de atención a la educación primaria en los países más pobres" pero no a partir de un análisis objetivo de qué tipo de educación requieren las personas para su realización plena en dichos países, sino porque "la rentabilidad de la educación es especialmente alta en el nivel primario" y "la alfabetización primaria universal produce grandes externalidades para la sociedad."²⁴ Elogia así a países como "la República de Corea, por ejemplo, que destina el 84% de su presupuesto de educación a la enseñanza básica e Indonesia. . .el 11%", y critica a los países africanos donde "el gasto público por estudiante es alrededor de 44 veces mayor en la enseñanza superior que en las escuelas primarias". Con lo que concluye: "muchos atribuyen buena parte del éxito econó-

mico de los países del Asia oriental a su firme decisión de financiar con fondos públicos la educación básica, considerada como piedra angular del desarrollo económico."²⁵

El informe trata también acerca de la importancia de las culturas y tradiciones locales que denomina "patrimonio social":

"La profundidad e intensidad de la actividad colectiva popular cambia, obviamente, en función del entorno social e institucional. Una explicación de estas diferencias reside en las distintas dotaciones de patrimonio social, es decir las reglas, normas y relaciones duraderas no oficiales que facilitan una acción coordinada y permiten a los ciudadanos emprender iniciativas en cooperación y beneficio mutuo."²⁶

Pero este "patrimonio", que otros analistas denominan más crudamente "capital social", (Ver artículo de André Habisch) es valioso no por sí mismo, es decir, por ser el modo de unión y de expresión espiritual de los pueblos, sino por su utilidad económica. Un capítulo sugestivamente titulado "¿Sirve para algo el patrimonio social?" muestra claramente esto:

"Un estudio reciente de las aldeas de Tanzania puso al descubierto que los hogares rurales con un rico patrimonio social. . .obtenían ingresos ajustados per cápita mayores que los hogares de las aldeas con escaso patrimonio social. Cuando se controlan otros determinantes distintos de éste, aparece asimismo una fuerte correlación entre el bienestar de la aldea y su patrimonio social."²⁷

Finalmente, el Informe dedica varios de sus capítulos al valor del respeto de la ley y de las instituciones políticas. En un apartado titulado "Poner coto a la arbitrariedad y la corrupción" sostiene :

"Restringir el uso y el abuso potenciales de la autoridad del Estado es un reto para cualquier país. . .El uso indebido del poder del Estado crea graves problemas de credibilidad, cuyos efectos se dejan sentir mucho después

de producirse los incidentes. . . Pero la acción arbitraria y caprichosa del estado menoscaba algo más que la credibilidad. Menoscaba el propio estado de derecho, pues debilita la fuerza de todas las normas establecidas por los poderes públicos y propicia circunstancias que alientan a los funcionarios públicos a situarse por encima de la ley y tientan al resto de la sociedad a hacer lo mismo."²⁸

Este párrafo, que parece un alegato moral, concluye, sin embargo, con lo que para el Informe es la razón última del mal que significa la falta de respeto por la ley y las instituciones:

"El desarrollo en estas circunstancias es imposible."²⁹

En una palabra, ni un solo comentario acerca del sentido que tienen en sí mismas estas instituciones en cuanto valores, sino una consideración de las mismas únicamente como herramientas prácticas de seguridad para las inversiones de capital, como estructuras de contención de arbitrariedades que potencialmente pudieran frenar el desarrollo económico:

"Como se demuestra en el Informe, para que el Estado pueda hacer una aportación más eficaz al proceso de desarrollo es esencial comprender la función que cumple en ese entorno institucional, por ejemplo, su capacidad de imponer el cumplimiento de la ley y, de esa manera, facilitar las transacciones."³⁰

De hecho, la valoración puramente utilitaria de las instituciones democráticas se ve bien claro cuando se compara la actitud crítica del Informe hacia regímenes no democráticos como el de Idi Amin en Uganda, que "dejó una herencia de desconfianza" y que "planteó enormes problemas cuando el gobierno actual intentó atraer a inversores privados",³¹ y la actitud elogiosa al no mucho más democrático comunismo chino porque "supo enfriar el sobrecalentamiento de la economía en 1993 reafirmando su autoridad."³² Está claro, pues, que la revalorización

de las instituciones jurídicas y políticas tiene un marcado sesgo pragmático y que tiene poco que ver con el derecho y la ética en sí mismos, y más con la necesidad de la existencia de un poder al que sólo se le exige que sea capaz de imponer orden, de generar en los ciudadanos la credibilidad de sus reglas de juego que hagan previsible al país. La cuestión es que haya reglas y que el gobierno las cumpla y sea capaz de hacerlas cumplir, más allá de si estas reglas son justas o no, democráticas o no:

"Los Estados que logran la credibilidad disponen luego de más flexibilidad en la aplicación de las políticas y tienen menos dificultades para hacer participar a los ciudadanos en la persecución de las metas colectivas. Esto no significa que la democracia de estilo occidental sea la única solución. Lo ocurrido en algunas partes de Asia oriental permite pensar que en los países que gozan de una amplia confianza en las instituciones públicas, un sistema eficaz de deliberación popular y una aceptación general del ordenamiento jurídico, se dan las condiciones para una intervención estatal eficaz."³³

Si bien este Informe del Banco Mundial es tan sólo un ejemplo de una innumerable bibliografía, representa el espíritu de la mayor parte de las iniciativas que desde el campo académico, empresarial, político o social se están dando de esta aplicación ampliada o extendida del análisis económico.

Conclusión

Proponiéndose como objetivo la utilidad, economistas, sociólogos, politicólogos, políticos, empresarios y administradores de empresas han ido dándose cuenta de que no es fácil obtenerla: buscándola se han encontrado quizás con más de lo que esperaban. Así, han propuesto el "ensanchamiento" del modo de pensar económico hacia otras áreas de la realidad. No obstante, se ha insistido en incorporar estos temas, pero no para tratarlos de acuerdo a sus propias exigencias objetivas, sino adaptándolos a un esquema de utilidad.

Así se ha viciado de raíz la comprensión objetiva de las realidades que progresivamente incorpora. Este ha sido fundamentalmente el drama profundo del modo de pensar económico que, como el Rey Midas, ha tratado de convertir en oro todo lo que toca y, al mismo tiempo, lo ha ido petrificando. De hecho, este intento de someter lo no-útil a esquemas de utilidad no ha dado tampoco resultados útiles. La aplicación del criterio de utilidad, por ejemplo en educación, como hace el Informe visto más arriba, hace inútiles los resultados útiles que se quieren sacar de ella. Si se aplica ante todo el concepto de rentabilidad para invertir en un tipo u otro de educación surgen muchas preguntas: ¿cómo se prueba que un tipo de educación es más rentable que otra? ¿rentable para quién y hasta qué punto? ¿no puede ocurrir que lo que parece altamente rentable en un momento quizás deje de serlo luego? ¿qué decir de la rentabilidad de la inversión hecha por Corea e Indonesia en educación básica y no en universitaria, tan elogiada por el Informe, después de la crisis asiática? Esto no significa necesariamente, por cierto, sostener que la decisión africana de invertir en educación universitaria sea buena o que la inversión en educación universitaria sea mejor que en la básica, o muchos menos que la crisis asiática tenga necesariamente relación con una mala inversión en educación, pero lo que sí parece evidente es que valorar la inversión en educación por un criterio de alta rentabilidad es, por lo menos, altamente problemático. Los derrumbes económicos muestran a las claras la limitación de este pensamiento utilitarista, no sólo en éste sino en todos los otros campos.

Los intentos reformistas actuales indican las limitaciones acuciantes del principio de utilidad. La utilidad total es un concepto imposible, contradictorio en sí mismo. La realidad tratada utilitariamente termina por no responder, por no dar ya más nada de sí. Pero parecería que agotada la realidad ya explotada por un utilitarismo constante de más de dos siglos, no se busca una solución distinta, sino que se intenta obtener más "material de usufructo" de realidades todavía no del todo explotadas. Ya muy mermados los recursos naturales explotados por el primer proyecto

utilitario en que se embarcó Occidente -un proyecto considerado hoy bastante torpe no tanto por su inmoralidad sino por la falta de previsión de las desutilidades futuras- algunos intentan un plan más refinado y ambicioso en el que la familia, las leyes, las tradiciones y el mismo intelecto de las personas se vuelvan también útiles después de tantos siglos de "inutilidad." Occidente se parece hoy a un formidable motor cansado y sediento de algún nuevo combustible para quemar. Así, las realidades que las nuevas transformaciones proponen integrar parecen haberse vuelto ahora valiosas, no por lo que valen en sí, sino por lo que puedan rendir en proporcionarle este combustible al sistema.

Se están incluyendo temas "inútiles" a corto plazo, pero en el fondo porque se cree que serán útiles "a largo plazo" Pero, ¿y acaso no lo son? ¿estos valores no son, además de bienes en sí mismos, bienes útiles? Ciertamente lo han sido y lo serán. Pero han llegado a serlo porque fueron buscados durante siglos por sí mismos, han sido abrazados con pasión por millones de personas debido a que representaban valores, bienes queridos por sí mismos. Fue debido a ello que generaron también su utilidad. Porque fueron antes vistos como bienes. Hemos llegado, sin embargo, al punto de la civilización occidental en que nos hemos dado cuenta de que la mentalidad de estrecho utilitarismo no da más. Nos hemos dado cuenta también de que la única forma de superarlo es la de volver a prestar atención a los valores de los cuales hemos vivido siempre, aún sin darnos cuenta. Sin embargo, estamos tan mal que cuando buscamos recuperar estos valores, no podemos actuar más que en la forma en que hemos venido haciéndolo hace más de dos siglos: aplicando la estrecha mentalidad del rendimiento, del sacar provecho, del utilizar.

"Ensachar" el principio de utilidad no es lo mismo que superarlo. La "extensión" de la economía no tiene nada que ver con el salto moral que se necesita. Este último exigiría ir más allá de la consideración de lo que es útil y prestar atención a lo que es bueno en sí. Ello exigiría ver con amplitud de miras lo que se requiere hacer y estar dispuesto a arriesgarse a hacerlo. Esto no significa igno-

rar o descuidar el aspecto económico de la vida, ni el concepto de utilidad. Pero sí tener en claro que el análisis utilitario de una realidad debe venir después y no antes de la consideración de esa realidad tal como es en sí misma. Sería necesario ver primero qué es la familia, la educación, la ley, la tradición, la ética, cuál es el sentido más profundo y auténtico de estas realidades en sí mismas, antes de verlas como útiles para la economía.

No obstante, a pesar de que las apariencias parecen mostrar un nuevo intento de utilitarismo en ciernes, los actuales cuestionamientos abren la esperanza de que algunos se den cuenta de que el problema de la sociedad contemporánea no está en encontrar nuevas formas de salvar el utilitarismo, sino que justamente el desafío es encontrar la manera de superarlo. Quizás alguien se dé cuenta de ello, quizás alguien ensaye otra clase distinta de solución. Habrá que esperarla y buscarla.

1 Rawls, John, "El liberalismo político," F.C.E., México, 1995.

2 Habermas, Jürgen, "Los problemas de legitimación en el capitalismo tardío", Amorrortu, 1990.

3 Ingham, Anthony, "The Third Way: The Renewal of Social Democracy."

4 Inglehart, Ronald, "The Rise of Postmaterialist Values" en "Culture Shift in Advanced Industrial Society", Princeton University Press, 1990.

5 Bell, Daniel, "Las contradicciones culturales del capitalismo", Alianza, México, 1988.

6 Coase, Ronald, "Economics and Contiguous Disciplines", Journal of Legal Studies, 7 (june 1978)

7 Posner, Richard, "The Economic Analysis of Law", Little Brown, Boston, 1972.

8 Becker, Gary, "The Economic Approach to Human Behaviour", The University of Chicago Press, Chicago, 1976

9 North, Douglas, "Structure and Change in Economic History", Norton, New York, 1981.

10 Sen, Amartya, "Rational Fools: A Critique of the Behavioural Foundations of Economic Theory" en "Choice, Welfare and Measurement", MIT Press, Cambridge, 1983.

11 Etzioni, Amitai, "The Moral Dimension: Toward a New Economics", The Free Press, New York, 1990.

12 Marx, Karl, "Capital" en "The Marx-Engels Reader", Norton, New York, 1978, p. 413/414.

13 Idem., p. 414.

14 Idem., p. 411.

15 Marcuse Herbert, "Soviet Marxism: A Critical Analysis", Vintage, New York, 1958.

16 Sen, Amartya, opus. cit. , p. 93.

17 Idem., p.99

18 Idem., p. 105

19 Etzioni, Amitai, opus. cit., p.67.

20 Idem., p. 4.

21 Idem.

22 "Informe sobre el desarrollo mundial 1997: el Estado en un mundo en transformación", Indicadores seleccionados del desarrollo mundial, Banco Mundial, Washington D.C., 1997.

23 "Informe...", p. iii.

24 "Informe...", p. 60

25 "Informe...", p.60

26 "Informe...",

p.130

27 "Informe...", p.131

28 "Informe...", p.113

29 "Informe...", idem.

30 "Informe...", p. iii.

31 "Informe...", p. 113

32 "Informe...", p.142

33 "Informe...", p.130